

## En el centenario de Luis Rosales (1910-1992)

Manuel Prendes Guardiola

*Universidad de Piura*

Una muy comentada selección de poesía hispanoamericana contemporánea, *Las ínsulas extrañas* (a cargo de José Ángel Valente, Andrés Sánchez Robayna, Blanca Varela y Eduardo Milán), recuerda a una generación de poetas que, nacidos en la segunda década del siglo XX, renovaron el castellano como lengua poética moderna. La integrarían el cubano José Lezama Lima, el mexicano Octavio Paz, los chilenos Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, el peruano Emilio Adolfo Westphalen o los españoles Miguel Hernández y Luis Rosales. España ha celebrado en el 2010 el centenario de estos dos últimos –Cuba el de Lezama–, junto con el del original novelista Gonzalo Torrente Ballester.<sup>1</sup>

En los años 30, la poesía española exhibía un panorama envidiable, habiendo revitalizado lo mejor de su tradición poética y abierto sus ventanas a las novedades de otros países. Vallejo y Neruda, de paso por España en aquel tiempo, no fueron ajenos a estos nuevos aires literarios; en su “Oda a Federico García Lorca”, por cierto, el poeta chileno recuerda a Rosales entre sus amigos de entonces.

Sin embargo, Luis Rosales alcanzará la madurez creadora una década –y una guerra civil– más tarde. Son los años de intenso trabajo poético que verá la luz en libros como *Rimas* o *El contenido del corazón*, más una obra de 1949 que se convierte en un hito en las letras españolas: *La casa encendida*. Este extenso poema en cinco partes, escrito casi “de un tirón”, arranca con imágenes de heladora soledad (la monotonía cotidiana, el hogar vacío, la materia sin sentido) que se ven transformadas ante la irradiación de la memoria y la esperanza, que confluyen en un “corazón reunido”. En la solitaria casa del poema se congregan los amigos del presente y del pasado, la futura esposa, los hijos, los hermanos y el mundo de la infancia, los padres. Igual que se suspende el tiempo al conjuro de la palabra poética, se abren también ventanas entre lo visible y lo invisible porque *la muerte no interrumpe nada*.

---

<sup>1</sup> Que coincidió con Luis Rosales en empresas literarias de juventud, la Real Academia Española, el premio Cervantes y la pasión cervantina.

Muerte y sufrimiento, entreverados con cierto sentimiento trágico de la vida (bien visible en el poema indudablemente más citado de Rosales, "Autobiografía"), no abandonarán nunca una tensa relación con las realidades del amor, de la familia, de los amigos, de la belleza o Dios en que se arraiga el conjunto de su obra. Sobre esos temas crea nuestro poeta versos excepcionales. Personalmente, me gusta considerarlo un gran poeta de la amistad: recordaré varios pasajes de *La casa encendida* o títulos como "De cómo y por qué causas cuando un amigo se enamora nos parece un columpio descompuesto", "Sigue siendo actual como una profecía" o el que transcribo a continuación. Buen ejemplo de la poética de Rosales por su cubista acumulación de objetos fragmentados, sus sensoriales imágenes y comparaciones, su empleo de registros "no poéticos" del lenguaje que, como esa solidaria ansia de fe, pueden ser familiares también al lector de César Vallejo.

## **Alguien llama a tu puerta**

Cuántas personas hay en el mundo que no saben cómo es un hombre,  
porque no han muerto nunca de repente,  
ni siquiera se han quemado los ojos para llegar a enamorarse de una  
mujer,  
ni han dado nada sino harapos,  
dividendos  
y contaminaciones.

Cuántas personas hay en el mundo que no saben cómo es un hombre,  
ya que lo dieron por supuesto durante muchos años,  
durante muchas certidumbres inútiles y muchos cielos que perdieron,  
y seguirán perdiendo,  
porque entienden la muerte como una forma de previsión,  
y ya la tienen casi amortizada.

Cuántas personas hay en el mundo que no pueden creer,  
y llevan en los ojos un ataúd en donde sólo cabe un niño,  
y en las manos una paloma con las patas cortadas,  
y una aguja.

Pues bien,  
en esta hora  
que nos hace crecer de una manera más bien innecesaria,  
sólo puedo decirte que yo sufro con ellos,  
que yo sufro por ellos ya que no tengo nada que ofrecerles,  
no tengo más que unas palabras,  
unas cuantas palabras, sucesivas y sucedidas, que pueden ayudarles,  
las ofrezco como el temblor se comunica al estrechar la mano.

Y las palabras siempre son las mismas:  
que llamen a tu casa: Ibiza, 33,  
y pregunten allí por Dionisio Ridruejo.